



Al comienzo de la Cuaresma, el miércoles de Ceniza, el celebrante en el momento de la ceniza nos hizo una cruz en la frente mientras nos interpelaba con la frase:



Esta tarde unimos ambas frases: El Evangelio convierte y convierte en fiesta. Por eso, reflexionaremos sobre esta interpelación: **¡Acuérdate de que eres Fiesta, y en Fiesta te convertirás!**

Pero, ¿qué es realmente la Cuaresma?

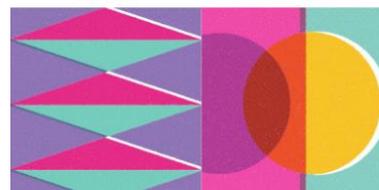
La cuaresma es abandonar lo ceniciento que hay en nosotros, lo que nos impide gozar y vivir la fiesta (como el hijo mayor de la parábola del Padre misericordioso), es la preparación para **celebrar la VIDA**; es el tiempo en que recordamos que somos “fiesta” y que estamos invitados a un gran banquete. Para ello, debemos prepararnos para ese encuentro, y dejar paso a lo **ESENCIAL** en nuestra vida.

Se trata de quitar el polvo a nuestro corazón, prepararlo, como quien lleva a la tintorería el vestido que se pondrá para una cena especial o una fiesta, pero sin olvidar que la vida se celebra cada día,

que la fiesta “ya es”, que los cristianos estamos llamados a “Anunciar su muerte y Resurrección” cada día...

Proponemos celebrar este tiempo en clave de **fiesta**, y no como algo gris... y aunque podría parecer que olvidamos la parte ascética, esa del sacrificio, (que siempre se nos recuerda de forma especial en Cuaresma) creemos que mantener la tensión del presente, de la alegría... es difícil cuando por bobadas (porque las cosas no salen como nos gustaría, y demás...) nos mustiamos, nos ponemos nerviosos, perdemos el norte, y a veces hasta los “papeles” ... El intentar vivir en clave de fiesta cada día, supone salida de uno mismo, vivir en clave de autenticidad, de búsqueda, deseando que lo que queremos que sea centro de nuestra vida, sea lo que nos fundamente y la verdadera fuente de nuestra alegría.

Ojalá este tiempo de cuaresma sea un tiempo de apertura a Dios, un tiempo de dejarnos guiar por Jesús y de aprender de él la Vida. Ojalá, no se nos olvide que estamos invitados a una FIESTA, que ya es, que ya se está celebrando cada día...



Orar con Parábolas

- Hablar en Parábolas es ir más allá... “El reino de Dios ya está entre vosotros” (Lc. 17,20-21)
- Jesús explica el Reino en Parábolas: “Hijo del Padre y de su tiempo”. (Mt.13,10-17 / 30-35)
- El amplio auditorio de Jesús: la persona – la humanidad (Salmo 78) “Hablaré en Parábolas...” para hablar a todo corazón humano.
- La vida entera de Jesús como Parábola de la ternura de Dios: su modo de nacer, su modo de relacionarse con la gente, su modo de amar, su modo de creer en el Padre, su modo de morir (Evangelio: “¡Dios con nosotros hoy aquí!”).

Siete pasos para orar

1. **Crea dentro de ti el clima de deseo, atención y silencio** necesarios, sabiendo que Dios mismo quiere encontrarse contigo hoy y decirte Su palabra. Lo tuyo es ponerte a la escucha.
2. Recuerda que **no estás solo en la oración**, traes contigo rostros y nombres de muchas personas con sus dolores y esperanzas. Pertenece a una Iglesia en la que muchos antes que tú y a lo largo de los siglos se han dejado iluminar por la Palabra de Dios.

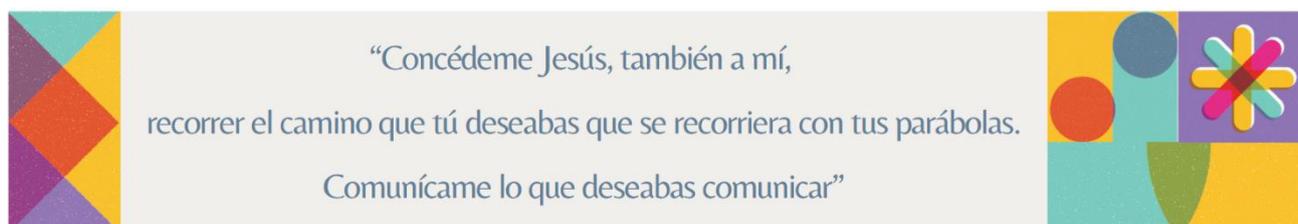


3. **Invoca al Espíritu, llámale para que te ayude a orar.** No será tu esfuerzo personal sino su acción en ti la que consiga que tu corazón se abra hoy a la escucha profunda, al encuentro con Jesucristo.
4. Puedes **leer** el texto del evangelio **y escuchar**, no elabores ni pienses demasiado: *escucha*.

5. No se trata de pararte en lo que más te gusta sino **descubrir lo que Dios te quiere decir hoy**, qué te provoca por dentro, qué recuerdos e imágenes, qué deseos escuchas dentro de ti...

6. Más allá del texto y de lo que hayas reflexionado: **entra en diálogo con Jesús como si hablaras con un amigo**; háblale de tus sentimientos, cuéntale tus deseos, suplícale, agradece, adora, ...

7. La Palabra que has recibido hoy, el encuentro con Jesús es vida, paz, alegría no sólo para ti sino para la Iglesia y para nuestro mundo. **Abre tus puertas a su presencia, su acción**, ... celebra por dentro la alegría de un Dios que quiere que vivas porque tu vida para Él es una fiesta. Estás llamado a celebrarla con muchos, a invitar a otros a vivir.



Parábola del Sembrador Mc 4,1-20



Jesús se puso a enseñar otra vez junto al mar. Acudió un gentío tan enorme que tuvo que subirse a una barca y, ya en el mar, se sentó, y el gentío se quedó en tierra junto al mar. Les enseñó muchas cosas con parábolas y les decía instruyéndolos: «Escuchad: salió el sembrador a sembrar; al sembrar, algo cayó al borde del camino, vinieron los pájaros y se lo comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra; como la tierra no era profunda, brotó en seguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y, por falta de raíz, se secó. Otra parte cayó entre abrojos; los abrojos crecieron, la ahogaron y no dio grano. El resto cayó en tierra buena; nació, creció y dio grano; y la cosecha fue del treinta o del sesenta o del ciento por uno».

Y añadió: «El que tenga oídos para oír, que oiga».

Cuando se quedó a solas, los que lo rodeaban y los Doce le preguntaban el sentido de las parábolas. Él les dijo: «A vosotros se os ha dado el misterio del reino de Dios; en cambio, a los de fuera todo se les presenta en parábolas, para que “por más que miren, no vean, por más que oigan, no entiendan, no sea que se conviertan y sean perdonados”». Y añadió: «¿No entendéis esta parábola? ¿Pues cómo vais a conocer todas las demás? El sembrador siembra la palabra. Hay unos que están al borde del camino donde se siembra la palabra; pero en cuanto la escuchan, viene Satanás y se lleva la palabra sembrada en ellos. Hay otros que reciben la semilla como terreno pedregoso; son los que al escuchar la palabra enseguida la acogen con alegría, pero no tienen raíces, son inconstantes, y cuando viene una dificultad o persecución por la palabra, enseguida sucumben. Hay otros que reciben la semilla entre abrojos; éstos son los que escuchan la palabra, pero los afanes de la vida, la seducción de las riquezas y el deseo de todo lo demás los invaden, ahogan la palabra, y se queda estéril. Los otros son los que reciben la semilla en tierra buena; escuchan la palabra, la aceptan y dan una cosecha del treinta o del sesenta o del ciento por uno».



Esta parábola es la parábola “de los comienzos”, del principio de un encuentro, que como cada relación requiere de cuidado, de paciencia, de espera, de confianza... hasta que va creciendo en nosotros la semilla y recogemos los frutos del amor y la amistad intensa... El problema es que esa semilla no siempre encuentra en nosotros el terreno apropiado.

Unas veces no la dejamos arraigar bien en el corazón, otras se ven sofocada por las inquietudes y preocupaciones de lo cotidiano, y otras la dureza de las frustraciones pasadas no nos permite crecer en ella. Hay algo nuevo que descubrir en el interior de nuestro corazón; una semilla oculta y poderosa que Dios ha puesto en nosotros, una semilla que nos puede transformar la vida y enriquecerla de una forma desconocida.



En esta parábola hay una invitación importante, Jesús quiere captar nuestra atención, nos invita a estar atentos, a abrir nuestros oídos bien... no hay más que fijarnos en cómo comienza y cómo termina: (“**Escuchen (...) El que tenga oídos para oír que oiga**”) Pide una escucha inteligente, nos pide una escucha que nos lleve a preguntarnos:

¿Qué hay detrás de esto, qué tiene que ver esto conmigo?

Al comenzar a orar con la parábola podemos fijarnos en la progresión de la semilla en los cuatro terrenos que Jesús nos va presentando, vamos yendo de lo externo a lo profundo, de lo baldío a lo exagerado, a la plenitud.

Se nos habla del momento precioso de la espera, que llena de valor a la semilla, y que nos abre y capacita para la confianza vital. Ese tiempo que necesita la semilla para crecer por sí sola... es su tiempo, el preciso para que sea posible la vida. Nosotros no podemos tirar del tallo, hacer que la semilla crezca a nuestro ritmo... ella tiene su ritmo... Lo único que podemos hacer es cuidar la vida, alentar la vida.



- ***¿Cómo cuidas la semilla?***
- ***¿Cómo cuidas de tu vida interior?***
- ***¿Cómo cae en ti la Palabra de Dios?***

Déjate mirar por el Dios de la ternura que te espera pacientemente, que se acomoda a tu ritmo y camina a tu paso...Reconoce su presencia en tu vida, discreta pero constante... pregúntate con Él, **si te dejas tiempo para crecer, para reconocer lo que hay en ti de semillas de vida. Reconoce junto a Él qué sofoca tú semilla...y qué es lo que te hace dar fruto, dar vida.**



Parábola del Trigo y la Cizaña Mt.13,24-30



Jesús propuso otra parábola a la gente diciendo: «El reino de los cielos se parece a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero, mientras los hombres dormían, un enemigo fue y sembró cizaña en medio del trigo y se marchó. Cuando empezaba a verdear y se formaba la espiga apareció también la cizaña. Entonces fueron los criados a decirle al amo: “Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde sale la cizaña?”.

Él les dijo: “Un enemigo lo ha hecho”. Los criados le preguntan: “¿Quieres que vayamos a arrancarla?”. Pero él les respondió: “No, que al recoger la cizaña podéis arrancar también el trigo. Dejados crecer juntos hasta la siega y cuando llegue la siega diré a los segadores: arrancad primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo almacenadlo en mi granero”».



Al mirar el campo del mundo, de la historia, de la propia vida... muchas veces caemos en la tentación de fijarnos en la cizaña y concluir como aquellos que pensaban que lo mejor era “cortar por lo sano”, o sea quitar las hierbas malas para así solucionar los problemas. La existencia del bien y del mal es una realidad que constatamos en las personas y en los grupos humanos. En cada persona, en mí mismo y de forma misteriosa, coexisten la posibilidad del bien y del mal; trigo y cizaña conviven en la casa del corazón.

Jesús nos invita a ampliar las miras, a saber esperar. Pudo haber terminado esta historia cortando de cuajo toda la cizaña, sin embargo... ¿quién de nosotros se atreve a tomar esta decisión sobre nosotros mismos o sobre otros? A veces nos tomamos la justicia por nuestra mano y jugamos a ser “Dios”, entonces nos sale el juicio... El Hijo de Dios aplica el juicio de la “Misericordia”. Jesús sabe por propia experiencia que sólo el Amor salva a la persona.

Por eso se quedó habitando nuestra casa, conociéndonos en lo más profundo, esperándonos siempre, amándonos cada vez como al principio. Recordamos la voz esperanzadora de ETTY HILLESUM, una mujer que desde la Alemania Nazi, en un ambiente de muerte y miseria humana, escribe antes de ser asesinada en un campo de concentración algo precioso que nos recuerda la dignidad de cada persona. Más allá del trigo y la cizaña, con todo lo que somos, lo separamos o no; **¡DIOS NOS HABITA!**

“A veces las personas son para mí como casas con las puertas abiertas. Entro, vago a través de los pasillos, de las habitaciones. La disposición es un poco diferente para cada casa. Sin embargo, todas son semejantes, y debería ser posible hacer de cada una de ellas un santuario para ti, Dios mío. Y te lo prometo, te lo prometo, Dios mío, te buscaré un alojamiento y un techo en el mayor número de casas posible. Es una imagen divertida: me pongo en camino para buscarte un techo. Hay tantas casas deshabitadas, y te introduzco en ellas como al Huésped más importante que puedan recibir” (ETTY HILLESUM, 17 de septiembre de 1.942).



- ¿Cómo reacciono ante el mal y ante el dolor?
- ¿Cómo cultivo la paciencia?
- Mira la realidad que te rodea. ¿Eres capaz de descubrir el trigo entre la cizaña?



Parábola de la Perla Valiosa Mt. 13,44-46



Dijo Jesús al gentío: «El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo.

El reino de los cielos se parece también a un comerciante de perlas finas, que al encontrar una de gran valor, se va a vender todo lo que tiene y la compra».



Las Parábolas del Tesoro escondido y la Perla nos invitan a mirar esas ocasiones únicas, esos chollos, esos momentos providenciales que todos hemos tenido la suerte de tener en esta vida. Frente a una llamada, frente a un regalo que recibimos de forma desmesurada e inesperada nos preguntamos: “¿qué hago ahora? ¿cómo respondo?” El impulso casi irracional, el empuje que viene del corazón nos pone en movimiento, nos lleva a “vender todo lo que tenemos”, a “vender” todo aquello que anteriormente vivíamos como posesión, como nuestro. Aquí el peso se pone no tanto en el sacrificio o en el desprendimiento que realizamos, sino en aquello que se recibe, en lo que se encuentra. Nada merece más la pena porque la vida misma tiene ahora otro horizonte más amplio, más libre.



La Palabra de Dios nos invita a compartir lo recibido, a celebrarlo y a hacernos responsables de todo lo Bueno que recibimos de parte de Dios. En tu propia historia, a través de personas y acontecimientos concretos...

Puedes recorrer con tu mente y hacer memoria. Te invitamos a reconocer, poner nombre y agradecer esos tesoros y perlas preciosas de tu vida, con los que Dios mismo te sigue llamando y amando.

Si crees que aún no los has descubierto pídele a Jesús que te acompañe y que te ayude a verlos ahora. Recuerda: “Si no sabemos que recibimos no despertaremos a amar”. Te lo dice una mujer que sabe que su vida está apoyada toda en manos de Otro, Teresa de Jesús reconoce y agradece que recibe y de QUIÉN recibe.

El Reino de Dios es festivo, precioso, gozoso: de hecho, es semejante a un Tesoro, a una Perla preciosa, es como un banquete al que tú estás invitado hoy.



- ¿Tengo alguna intuición de esas perlas preciosas que nos quedan por descubrir?
- ¿Por qué venderías todo lo que tienes?
- ¿Descubrimos la creación como un tesoro?



Parábola del Banquete LC 14, 15-24



Uno de los comensales dijo a Jesús: «¡Dichoso el que coma en el banquete del reino de Dios!» Jesús le contestó: «Un hombre daba un gran banquete y convidó a mucha gente; a la hora del banquete mandó un criado a avisar a los convidados: "Venid, que ya está preparado." Pero ellos se excusaron uno tras otro. El primero le dijo: "He comprado un campo y tengo que ir a verlo. Dispénsame, por favor." Otro dijo: "He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas. Dispénsame, por favor." Otro dijo: "Me acabo de casar y, naturalmente, no puedo ir." El criado volvió a contárselo al amo. Entonces el dueño de casa, indignado, le dijo al criado: "Sal corriendo a las plazas y calles de la ciudad y tráete a los pobres, a los lisiados, a los ciegos y a los cojos." El criado dijo: "Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía queda sitio." Entonces el amo le dijo: "Sal por los caminos y senderos e insísteles hasta que entren y se me llene la casa." Y os digo que ninguno de aquellos convidados probará mi banquete.»



Es la parábola de la llamada... de la invitación: **¿Quieres?** Dios no nos fuerza... porque el amor no puede forzarse (al igual que la semilla). Somos invitados a una fiesta... pero es preciso acoger esa invitación gratuita. Dios abre sus puertas, quiere estar con nosotros, quiere compartir mesa, conversación; desea nuestra compañía y presencia, quiere hacernos partícipes de su alegría. Participar de la alegría de Dios es sentir como Él, hacer un ejercicio de empatía, meternos en su corazón, cambiar nuestra mirada para mirar como Él, acoger y repetir sus gestos... Esta invitación, esta llamada, es a convertir el corazón y aprender de su amistad una nueva manera de vivir el amor y la entrega. La invitación la tenemos: ¿quieres?... la respuesta depende de nosotros.

Reconoce las invitaciones que recibes de Dios cada día, ¿acaso no pone Dios en ti deseos de búsqueda, deseos hondos de Vida?



Descubre cómo te busca Dios en lo cotidiano, cómo sale a tu encuentro en lo que vives, en las personas con las que te relacionas, en los acontecimientos del mundo, de tu historia. Reconoce la mirada de Dios que te desea, que te espera, que te busca. Vivir es desear, el deseo es la fuerza interior que nos empuja hacia fuera de nosotros mismos, es una energía vivificadora que nos hace

ser más, aspirar a lo mejor, anhelar cosas más grandes, que nos ensancha el corazón. Lo que pasa es que a veces los deseos nos confunden y desorientan (el campo, los bueyes, la boda...) **¿Cuáles son tus excusas más corrientes para rechazar la invitación de Dios? ¿El tiempo, los agobios, el cansancio...? Identificalas...** Deseamos muchas cosas, pero siempre hay un hueco en nuestro corazón insatisfecho. Dios pone en ti deseos de vida ¿quieres?

Es una invitación de amor que compromete la vida. Nuestro corazón siempre anda inquieto detrás de muchas cosas. A veces nos engaña y otras acierta con lo que deseamos de verdad. **Pregúntate en dónde pones la felicidad.** Déjate enseñar por Jesús y por lo que lees en el Evangelio.

Con lo que resuene en ti a lo largo de esta tarde de retiro escribe tu propia parábola... puede comenzar:

“La felicidad... la verdadera alegría se parece a...”

SOMOS INVITADOS A UNA FIESTA, A SER FIESTA. ¿QUIERES?



Retiro preparado con materiales de las Dominicas Misioneras de la Sagrada Familia